

otro; y estando tratando de la provision en la sala en corro de pretendientes, él dijo con mucha cólera: «Ahora cosa inoportable es que letradillos lleven á los caballeros tan buenos oficios como el de Medina.» Un bachiller que estaba en el corro, volviendo por el honor de la profesion, dijo al soldado: «¿Por qué halla vmd. eso más inoportable que ninguno de estos caballeros que están aquí que no son letrados?—Siéntolo más (dijo él muy demudado), porque á un caballero como yo, que he servido á su majestad derramando mi sangre, no se habian de anteponer bachillerejos.—Pues no me parece á mí (dijo el bachiller con mucha flema) que vmd. ha servido mucho á su majestad en derramar su sangre; más le sirviera en derramar la de los enemigos; que quien va á la guerra no á herir, sino á ser herido (digo no á ser huído, sino á huir), no obliga á su majestad para que le haga mercedes, ni á su presidente para que le de corregimiento.»

El soldado, con mucho enojo de las palabras del bachiller, dijo: «Quien dice que yo he huído, miente; que yo he derramado mi sangre peleando como muy buen soldado.—Creo yo (dijo el bachiller) que esa pelea y derramamiento le habrá vmd. hecho con el dado, porque si fuera como vmd. más miente, no tuviera necesidad de venir acá por armas para sacar y chupar á los cristianos la sangre que dice haberle derramado los moros; que allá le hubiera premiado su majestad ó sus generales.»

El soldado, que demostró ser tan corto de razones como de razon, quiso cerrar con el bachiller para suplir con las manos la falta de la lengua; mas metimomos en medio los que allí estábamos, de manera que no dimos lugar á más rompimiento.

En este tiempo hice otra vez reseña de la gente de mi bolsa, y salieron al alarde tan pocos soldados, que entendiendo que entre mis súbditos no habia medio para más socorro, me procuré valer de mis amigos y deudos, á los cuales despaché mis cartas de creencia, y de ellos me llegó otro socorro, que me resucitó de muerte á vida.

De estotros caballeros de espada y capa que no han servido á la milicia en particular, casi no tengo que decir, porque los veo en córte tan humildes y bien comedidos, tan justificados en sus palabras, tan despreciadores de cohechos, y tan amigos de oficiales fieles, que son aquí los mejores corregidores del mundo, y si «en el aldegüela no hay más mal que suena», merecen su majestad les haga mucha merced. Empero porque en el muy buen paño suele haber la raza, y en la más fina grana cae la polilla, y no todos los llamados han de ser escogidos, ni hay cuerpo sin ijada, diré lo que he visto en ciertos miembros de este cuerpo de caballería.

Y es que un mes despues de la provision de Medina, que he dicho, salieron proveidos dos de estos caballeros en dos corregimientos; los cuales no hubieron sacado los recudimientos de sus rentas, cuando pusieron en almoneda y pregon algunos miembros de ellas para los arrendar de por menor, empero por la mayor cantidad que pudiesen. No

faltaron personas que hicieron posturas; rematáronse las tenencias, los alguacilazgos, las alcaldías de cárcel, y algunas de estas rentas tan bien subidas, que van bien seguros los arrendadores de la puja del cuarto. Yo, entendiendo el negocio, dije á uno de estos corregidores que se me daba por amigo: «Señor, mirad lo que haceis, que no es permitido vender los oficios; que, como sabeis, se han de dar libres para que vuestros oficiales los hagan bien y libremente.» El corregidor me dijo: «¿Qué quereis que haga, que há un año que estoy en esta córte esperando este corregimiento? ¿No os parecerá bien que, pues ya me vino á las uñas, me pague las expensas del detenimiento? Que juro á Dios que no hay real en galera para ir á él ni aun para salir de esta córte, si estos ministros no me ministran. Y aun allá yo os prometo que no tengo de tener las manos cerradas á los que de buena voluntad me lo ofrecieren.—No hagais tal, señor (dije yo), que el principal bien de los jueces es tener las manos limpias.—Limpias y relimpias las traeré yo (dijo él), porque me las lavaré cada día tres veces, cuando me levantara de la cama, y sobre comida y despues de cena. Y el oro no ensucia las manos.—No, oro no, guardaos del diablo (le volví á decir); aun ya, cuando visiteis la tierra de vuestra jurisdiccion, recibir un cabrito, un par de perdices ó de conejos por moderado precio, aun no es tanto mal; aunque tambien por esto no faltará quien diga que os corrompen para que dejeis de hacer justicia.—Muy delgado hilais (dijo el corregidor); de eso de comer y de beber, cuanto viniere de limosna recibiré yo muy de buena gana; porque *quod intrat per os, non coinquinat hominem* (lo que entra por la boca no corrompe al hombre).

»Y sabeis que los corregidores podemos muy bien recibir todo lo que consiste en peso, número y medida; porque lo que se pesa recibimoslo sin pesar; en lo que se cuenta no hay cuenta; y para lo que se mide nos parece que nos da el Rey la vara.

—Guardaos de una residencia, señor (le respondí): mirá no os den vómitos en ella, con que alcanéis el humor malo y bueno, quiero decir lo bien y lo mal ganado.—Andad (dijo él), que ya tengo experiencia de eso; que mil ducados de cohecho nunca costaron quinientos de pena; que si una vasija está llena de miel, aunque la trastornen y vacien, siempre se queda algo pegado en ella; y así á los corregidores, aunque más nos sigan y persigan y condenen, con un buen cohecho que hayamos recibido pagamos todas las nonadillas que en residencia nos cargan, y aun nos queda pan para nuestro año.»

El otro corregidor no sé qué intencion llevaba, aunque, pues el principio fué semejante al de este mi amigo, piadosamente se puede presumir no serán diferentes los medios de la administracion. Ambos se fueron, y yo quedé tan quédo, que aun hasta ahora no me he mudado de este lugar, aunque han corrido otros dos meses. Al principio tenia alguna esperanza de salud, y ya la voy perdiendo del todo,

como enfermo que va de mal á peor; porque en parto tan largo no creo que dejará de nacer hija al cabo.

Dias há que viendo que no nos puede venir socorro de parte alguna, vamos acortando las razones: la mula rebuzna, el mozo gruñe y yo bocezo; mas ¿qué hemos de hacer? que nos vemos como los que están sitiados por todas partes, y no les puede entrar socorro ni bastimento, sino comer por onzas para podernos entretener algun dia más. Hecha tengo la cuenta; y si el sustento me llega á otros meses, será todo lo del mundo. Determinado estoy que si en todo este mes, con que se cumplirán seis de mi residencia en córte, no me saliere alguna suerte, volverme á mi casa, porque para tan corta vida como los hombres ya vivimos, basta ser medio año necio. Y sin duda no me deterné más, porque si no fuere proveido, seré pobre ido. Y nuestro Señor, etc., de Toledo y de Abril 15 de 1560.

## V.

Carta al licenciado Agustín Guejeja, entonces relator del Consejo y de la Cámara de su majestad, y ahora su fiscal en la real audiencia de Galicia; en que se describe la villa de Tormaleo, que es en el concejo de Ibias de las cuatro sacadas de Asturias; y se trata algo de la gente de ella.

(Escribióla el autor estando en una comision en aquel pueblo.)

De cerro en cerro, de puerto en puerto y de peña en peña vine á estas cumbrosas Asturias, donde algunas veces me hallo tan vecino de las nubes, que me regalo con ellas, y pongo mi cabeza en sus regazos. Despues que he visto esta tierra, no me maravillo de haber oido decir que los asturianos tiraban lanzas al cielo; porque le tienen tan cerca de sus casas cuanto léjos de sus corazones.

Yo estoy en la insigne ciudad de Tormaleo, que quiere decir tormento malo, donde al presente residio; cuyo sitio y disposicion y moradores querria describir, si acertase mi desatino á desatinar como conviene para significar tan desatinada ciudad y gente. Es la populosa ciudad de hasta diez casas todas redondas; está ceñida de bravas peñas, adornada de viejos castaños; riéganla claras y frescas fuentes y arroyos. Está asentada en un repecho contra el Septentrion, y mirada desde cualquiera de los cerros que la rodean, parece colmenar de pocas y mal reparadas colmenas; pero la miel de ellas no la labran abejas, sino ovejas y cabras, y puercos y vacas viejas.

Las casas, como he dicho, son redondas, porque para que quepa la ruindad de los moradores, la figura redonda es la más capaz. Dos puertas tiene cada casa, una al Oriente y otra al Occidente; y ni por la una se ve el sol, ni por la otra se descubre el cielo. Vese á ratos por entrambas la nieve de vara en alto, y un fidalgo de solar conocido con una espada al lado y un broquel al rabo, un puñal pendiente, lanza y azcona al hombro, y una ballesta en la mano con cinco ó seis saetas espetadas entre el collar del sayo y gorjal de la camisa; y con este ro-

sario de cuentas va á rezar á la Iglesia, donde á la puerta deja arrimada la azcona y lanza; y si el clérigo le va á echar agua bendita, se empuña en la espada, pensando que le va á dar con el hisopo; si oye mentar un santo, ase del puñal, diciendo que aquella es gente que él no conoce. Y cuando el presbítero se vuelve al pueblo á decir: *Dominus vobiscum*, sospechando que vuelve á mirarle la mujer, pone una saeta en la boca y echa la gafa á la ballesta, y saliendo de allí, si ve una bola enconada, le rinde las armas y cruza las manos.

En las dichas casas no hay sala ni cuadra ni retrete; toda la casa es un solo aposento redondo como ojo de compromiso; y en él están los hombres, los puercos y los bueyes todos *pro indiviso*, así porque todos son herederos de la tierra, como porque ni aun en las costumbres se diferencian. A un mismo tiempo habla el hombre y gruñe el puerco y brama el buey; y tengo los oídos tan confusos con la diversidad de zumbidos, que al hombre tengo muchas veces por la bestia, y al animal por el hombre; y cuando en esto estoy más engañado, creo me engaño ménos. El hogar está en medio de esta apacible morada, porque de allí salga luz y calor para todo el circular aposento igualmente, aunque á veces comprende más un traque de la huésped que cuanto calor sale del copioso hogar. Las dichas casas circulares son cubiertas de unos cimborios de fina paja, y éstos rodeados desde el extremo hasta el coronamiento de unos rollos de bimbres, hechos por tal orden y manera, que cuando los vi, pensé que eran los verdugados que salieron desterrados de Castilla; y por otra parte, bien considerados, parecen á los pabellones que suelen tener por defensivos las ollas del mal cocinado de esta córte. Y, en fin, las casas con ellos son como bellotas con capirotes; porque la gente regalada de estas partes es tan amiga de la bellota (que ellos llaman llande), que no se satisfacen con metella en sus buches, sino que ella los tenga metidos en sus entrañas. Todas las casas son insulanas, ninguna se pega con la otra; así son las voluntades de los vecinos.

Estas casas tienen llenas de tantas baratijas, armadijos, trastos, petrechos, bastimentos, instrumentos y municiones, que no tenia tantas la madre Celestina para fabricar hechizos y reformar virgos. Las castañas tienen en alto sobre unas bimbres tejidas pendientes de unas sogas, en las cuales miran y contemplan como los moros en el zancarron de Mahoma; porque no hay sustento que les dé más gusto ni que ellos tanto amen, excepto el vino, al cual tienen tanto amor, que siempre lo traen metido en lo íntimo de sus entrañas.

Habitan esta lustrosa ciudad ilustres hidalgos de lanza mohosa, cuchillo cachi-cuerno, abarca peluda, pierna desnuda, capotin de dos faldas, caperuceta antigua sobre largas coletas. Es gente de tanta punta, que comen y beben en platos y escudillas de palo por no comer ni beber en platos de Talavera ni vidrio de Venecia, que dicen que es sucio y que se hace de barro. Pan de trigo no lo pueden ver,

ni carne fresca; la que se muere de landre, modorra ó sanguinuelo, ésa les es saludable y gustosa. La cama en que me acuesto es un escaño de palo que parece andas de defuncto, tan angosto, que he menester estar como cuerpo muerto, sin me rodear para no rodar por casa. Échame mi huésped a un cabezal debajo, que sospecho que está lleno de pluma de puerco espin; una sábana en que me envuelvo, parece de buena cañamaza tramada con cerdas de rocin prieto; la manta es parda, creo que es de lana de burras y esparto; es nueva corriendo sangre, tanto que me dice la huésped que yo la he llevado la virginidad; y yo digo á la buena vieja que miente, porque juro á Dios que es tan áspera y esquiva la dicha señora manta, que en toda la noche no quiere llegarse á mí. Háceme mucho donaire ver á la aseada de mi huésped arremangar sobre el escaño los cabos de la colcha rica, porque no se ensucie con el polvo del suelo; aunque á la verdad no le falta razon, porque en esta region no se hace el polvo de la tierra, sino de panales de buey y freza de lechones.

El mayor pueblo de este horizonte no pasa de diez ú once vecinos; empero, aunque no son muchos, son muy mal avenidos; y ellos dicen que no han menester ser muchos, pues no nacieron para henchir las sillas que dejaron vacas los ángeles que cayeron del cielo.

Y pues he dicho de los galanes de esta ciudad, no será justo dejar de pintar las damas de ella. Y no trato de pintar viudas ni casadas; porque á éstas tratáronlas y trántalas sus maridos, y buena pro les haga la ganancia del sucio trato. Ni llevo á las muchachas de diez años abajo, porque éstas allá se andan por los montes tras sus cabrillas, donde no sé quién se les llega, que alguna vez, supliendo la malicia á la edad, vuelven con chibatillos en los vientres. Tocará, pues, mi pincel á las damas que no traen toca, ni cofia, ni garbin, ni aún albanega; ántes andan con su cabello suelto hasta los hombros, que parecen figuras de tapiz antiguo y ahumado, las cuales son las doncellas de doce y diez y seis arriba, con cuya vista entendí las leyes del Fuero y Partidas que tratan de las doncellas en cabello. Son, pues, estas damas mal sacadas de cuerpo, levantadas de hombros, cortas de cuello, grandes de cabeza, angostas de frente, ceñidas de cejas, hendidas de ojos, anchas de narices, largas de boca, copiosísimas de tetas, abundantísimas de nalgas, levantadas de barriga, espaciosa de cintura, gruesas de pelo, toscas de manos y abiertas de pata. El color de las caras es muy gracioso y de buen lustre, entre verde y morenico, y un poquito de amarillo que se mete á perfilar; la tez muy linda y asentada como de rocin sarnoso. Usan un cierto género de basquiñas, no de mezclas de Inglaterra, no de granas de polvo ni de cofolla, no rasos de Valencia ni terciopelos de Génova, sino de una cierta tela delgada, bien parecida y muy semejante á esta de que hacen las albardas. Hacen las basquiñas angostas, porque se señale la copia nalgar, y no pasan de media pierna,

porque descubran las pantorrillazas, que son como timones de ruedas de haceñas. Calzan unos botinicos abrochados, altos de cuello, no de cordoban muy suelto, sino de vaca mal curtida, que también sirven de zuecos; porque el más mal cimentado de ellos está fundado sobre una docena de suelas; y cuando es menester para dar una cox, suplen por herraduras, porque son herrados por bajo, de tal manera, que cuando alguna de las damas anda más menudico, parece frison recién herrado que corre por calle empedrada.

He deseado mucho ver danzar á estas damas con estos botinicos una pavanilla italiana, ó una gallarda ó saltarelo, ó una alemana, ó un pié de jibao; mas como en esta tierra no hay tafedor sino de corneta, no me han podido cumplir este deseo. Son muy medidas y cautas en el hablar; por maravilla hablan con los hombres, aunque algunas veces obran con ellos; hablan más con las bestias; á los puercos dicen *cache, cache: mal fogo vos abrase*; á las cabras y ovejas *chava xeu, riegeu, riegeu*; y á los bueyes *hei, hei, aho, aho, xato, aberroi*. Es gloria ver las perlas que despiden por aquellas bocas cuando no regüeldan.

En el comer son muy templadas; no comen caldo ni sopas sino dos veces al día, en levantándose de la cama y cuando se van á acostar por no hacer barriga; y cada vez poquillo y bueno: una escudilla de palo que allá serviría de artesuela para jabonar, llena de caldo y de agua, y nabos, y hojas de nabos, y poco de manteca, espetadas en ella un ciento de sopas de pan de centeno, cada una tan grande como losa de sepultura; y con una serenidad lo embusan, que no parece que abren las bocas; y á vuelta de cabeza veréis el dornillo más barrido por dentro que fregado por defuera; y estando comiendo se les ve visiblemente ir hinchando las panzas y renes poco á poco, como cuando el botero hincha el odre con el soplo. Yo las digo que ¿cómo pueden comer tanta sopa y nabo, que es ventoso? y respóndeme que por eso dió Dios respiraderos á la cuba, porque no reviente. Y en comenzando á hervir las ollas del mal cocinado de sus estómagos, pasa su respirar de tal manera, que si tuviera cualquiera de ellas mil troneras, por todas tronára, y para ninguna faltáran municiones ni balas que soltar.

Estas doncellas en cabello hacen las haciendas de casa con gran liberalidad y limpieza; ponen la olla sin fregar, espúmanla con una teja; muelen la sal en el servidor cuando no hallan limpio el mortero; limpian los platos con la falda de la camisa; ciernen la harina con harneros; masan el pan con las nalgas; cuécenlo con leña de boñigas, y barren la casa á soplos.

Usan en esta tierra las damas de nombres muy galanos y bien sonantes; porque se llaman Marucas, Juanucas, Treijas, Freicas, Aldaras, Blasquidas, Golzalvas y Alvarucas, y de otros nombres al oído tan suaves como éstos. Cantan cantares muy amorosos y suaves, como son:

*Deita palla al boy Gonzaleo,  
Deita palla á boy.  
Treija Ferrandez fíandera honrada,  
Puja cada fio, va pucherada.*

Los tonos, sonadas y voces, si vmd. las oyese diría que Rincon puede arrinconar y Talamántes (1) dejar de presumir, y aún que si Ulises pasára por el mar de estas sirenas (2), le prestáran poco sus ardidés, porque no hay bordon de gaita que les llegue, ni tuerno que les iguale, ni aún sapo en charco que así haga de garganta.

Y por cerrar con las abiertas en cabello, digo que son hermosas como el Huerco, dispuestas como el puerco, sacadas como el erizo, derechas como la cepa, ceñidas como la cuba, airosas como el asno, graciosas como el buey, avisadas como la mosca, limpias como la araña, olorosas como el regüeldo, fieles como el gato, desenvueltas como el galápago, delicadas como el roble, blandas como la carrasca, apacibles como el cierzo, y agradables á los ojos como el humo de la cebolla.

El que enferma en esta tierra no tiene otro médico sino el oso que le tome el pulso, ni otro barbero sino la víbora que lo sangre; el boticario es el puerco que le da medicinas de su botica, y el buey le echa las ayudas con el cuerno. Dios me dé salud.

Ya considerará vmd. la vida que tendré en esta Trapisonada; y no tengo pena de mí, sino gran dolor y lástima de mi criado el corcovado, regibado, mal-

(1) Rincon y Talamántes, dos cantores excelentes en la voz.  
(2) El original decía *seronas*.

hadado, que pensó que venía á las Astúrias á hartarse de truchas á bragas enjutas, y se ve las bragas mojadas y nevadas, y aún despedazadas, y la primera tiene por mirar con los dientes ni aún morder con los ojos. Yo le aconsejo que saque los pensamientos de truchas, perdicés y cabritos que traía en el papo, y se cebe de ellos, y todavía tiene por mejor hartarse de ruines bastimentos que de buenos pensamientos; y así da en la hogaza de centeno y en la cabraza vieja con harto ménos escúpulo que el amo de Lazarillo de Tórnes. Porque aquel todavía preguntaba si habian masado manos limpias los mendrugos de pan que comía; empero á mi buen sirviente no le pesa sino de lo que no ve pegado al centeno que come y tasajos que engulle; tanto que cada vez que le veo comer reniego del gusto que tan presto se le hizo á los manjares de esta tierra. Y sobre todos nuestros trabajos tratan las partes de concertársenos, cosa que en oyéndola el alguacil desmaya, y el escribano se muere, y yo no sé si he espirado. Temo que si el concierto se efectúa, cada cual de nos se ha de echar por un cerro abajo á probar cuál rueda mejor. El alguacil jura que ha de hacer de la vara un dardo para atravesar al inventor del concierto; el escribano protesta de hacer una hoguera del proceso para quemar á la parte querellante con las informaciones de sus heridas; y yo voto de trocar dos maletas de libros que traje por dos tercios de cecinas que lleve. Y para atajar tantos inconvenientes hágalos Dios como los tres deseamos, que ántes se cuajará el mar de Oriente que las paces de Tormaleo. Y nuestro Señor, etc,